

Noticario

PALABRAS PARA CANCIONES.

Como una corona de luces resplandecientes, en las cuales se suma toda la admiración de su país, hacia la obra de un hombre que se entregó por entero a la vida literaria. Augusto D'Halmar, recibió el Premio Nacional de Literatura, discernido por primera vez en Chile. Y al decir corona, no erramos, pues este premio es la culminación de una labor intensa, realizada con una fe que ojalá pusieran todos los chilenos en sus empresas.

No le importaron a Augusto D'Halmar los días tristes, el desconocimiento transitorio a su labor, el olvido o la indiferencia ante su esfuerzo sin tregua. Siguió adelante, impertérrito, sin intranquilizarse por tales accidentes. Por el contrario le sirvieron de acicate, de gozo, al saber que se encontraba siempre en la brecha como aquellos capitanes a quienes las derrotas tuvieron la virtud de hacer más grandes.

Desde los románticos tiempos de la colonia tolstoyana hasta los días de angustia que hoy corren, han sido muchos los libros que ha escrito Augusto D'Halmar: «Nirvana», «La sombra del humo en el espejo», «Pasión y muerte del cura Deusto», «Gatita», «Capitanes sin barco», etc. Páginas en que se ve siempre su espíritu alerta para recoger de la vida y del ambiente los matices más bellos y las emociones más hondas.

Viajero, vagabundo incansable, en sus peregrinaciones ha sido donde la cosecha de sus impresiones, tuvo la virtud de transformarse en rico material literario que, aparte de la calidad, le dió carácter a su obra. En diarios, revistas y libros el nombre de Augusto D'Halmar rodó por los cuatro puntos cardinales. Nervo, Rubén, Lotí, Milocz, la aristocracia espiritual de América y la de Europa, al darle su amistad de hombres le expresaron su admiración de artistas, ante la obra que este chileno ilustre iba realizando en tierras extranjeras.

En sus libros vemos el Oriente, con todo su exotismo novedoso, y sentimos el palpar auténtico y típico de una de las regiones más bellas e interesantes de España, como es Andalucía. Porque en el «Cura Deusto» está Sevilla con todo su color y su sabor humano. Y esta misma sensación de vida, sabe darla en «Gatita», maravillosa evocación de las gentes y de la vida, en sus aspectos más significativos, de un pequeño puerto peruano de la costa, donde desempeñó el cargo de Cónsul. Y tenemos también que agradecerle a D'Halmar que los primeros personajes que aprisionó en su libro su fantasía de artista fueron chilenos. Ellos están pintados en «Juana Lucero». No hay en esa novela la irrealidad alada y musical que caracteriza la obra de D'Halmar, pero en cambio está la fuerza de una juventud que habla con efusión y claridad del hombre y de la tierra en que nació, y del cual seguramente hubiera seguido hablando si las circunstancias y un alma ansiosa de horizontes no le hubiera llevado por otros caminos, donde el triunfo seguramente fué más difícil.

Ahora la Editorial Orbe, acaba de lanzar a la publicidad sus «Palabras para canciones», libro estremecido por un hondo sentimiento poético. En cada camino, en cada instante, en cada angustia o dolor un hombre siente que la emoción le toca lo sensible, porque viene el recuerdo a asomarse a nuestra intimidad, para hablarnos con ese dulce lenguaje de las cosas que se fueron, para transformarse en belleza. El corazón, co-

mo un transmisor que conociera todos los idiomas, lo interpreta de distintas maneras. Y Augusto D'Halmar, nos canta aquí algo de su mundo interior, de lo que sus ojos vieron, en el correr del tiempo y de la vida.

Hermoso libro es «Palabras para canciones». Y aunque todas las palabras sirven para convertirlas en canciones. Augusto D'Halmar les ha infiltrado a éstas, esa magia, esa secreta armonía de quien vivió cultivando las palabras, a través de la emoción de la vida.

LAS CENIZAS.

Mari Yan, va en su cuarta novela. Primero fué el «Abrazo de la tierra», luego publicó «Mundo en Sombra» y después «Espejo sin imagen». «Las cenizas» es otro eslabón que la autora pone en su carrera literaria, con afán sincero de conquistar y de afianzar un prestigio de escritor. Y debemos reconocer con placer, que este esfuerzo, que esta dedicación y este amor no han sido estériles, pues los libros de Mari Yan se han ido depurando en estilo y ganando en maestría para infundir a sus personajes los rasgos esenciales de vida y de carácter, que dan al lector la sensación de encontrarse frente a la realidad ennoblecida por el arte.

Mari Yan tiene una curiosa personalidad de escritora. Es fina y sensible, en cierto modo. Porque no hay en ella exaltación, ni tumulto, ni arrebato. Cuenta sus historias con cierto hieratismo de deidad que jamás quiere ni desea perder su compostura. El amor, las penas, la ausencia y el olvido, son en la escritora como un perfume agradable, pero que no cambia de matices emocionales. Parece escribir obsesionada por un pensamiento del cual no se puede abstraer. Y estas ideas fijas se reflejan en el carácter, de Marcela en este caso, de Andrés y de Agustín.